NOVELA Y POESIA

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Muy pocos, en verdad, son los testimonios que nos llegan de las novelas que se escriben, actualmente, en Centroamérica y la zona insular antillana. Quizás ello obedezca al mismo fenómeno de aislamiento que padece la parsimoniosa actividad editorial, promediada por la cifra de los mil ejemplares condenados, en el mejor de los casos, al público nacional. Lo anterior, tal vez, sirva de motivación para nuestra mejor sorpresa ante "El Buen Ladrón", de Marcio Veloz Maggiolo, considerada como novela clave en la literatura dominicana.

Marcio Veloz Maggiolo es un poeta que se asoma, con singular fortuna, al horizonte de la ficción. Su libro inicial "El sol y las cosas", fue calificado como obra maestra de la poesía, en su patria. También ha espigado en los campos del teatro. "El Buen Ladrón" es flor granada de juventud. Su autor la escribió a los 23 años, que es una edad propicia para los grandes sueños y las mejores aventuras del alma.

Obra de riguroso ordenamiento clásico, de minucioso ajuste al tradicional patrón de la novela, en cuanto a la forma se refiere, ex-

hibe, además, el dón de la brevedad. Son 118 páginas de apretado contenido humano. Mas, no se piense que Marcio Veloz sea un anticuario en tránsito retrospectivo. Su estilo acusa virtudes de novedad ejemplar. Por sus palabras cruza, con ala reposada, la brisa de la poesía, al punto de hacernos recordar los dos mandamientos del novelista español Ledesma Miranda:

"1". Amar la poesía sobre todas las cosas. "2". Considerar que la novela es la poesía de la vida humana. Por fuerza el novelista ha de sentirse poeta en lo íntimo de sus motivaciones y allí donde se sueña y se crea. Poesía es creación, y si el poema de la vida no es una creación del poeta, será el documento de un testigo o el informe de un reportero. Preguntar a un novelista sobre la poesía es pedirle cuenta de su linaje y en los peores casos de su "paraíso perdido".

Tanto Marcio Veloz Maggiolo como Ledesma Miranda marcan una saludable reacción en el quehacer novelístico de nuestro tiempo, tan propenso a los deslizamientos pornográficos, al festín de los coleópteros. Todo bajo el pretexto de un fementido realismo, de hipó-

crita culto a la verdad desnuda, como si esta se vistiera de rosa para satisfacer las exigencias de la moda.

No son páginas escritas con tinta color violeta. No. Marcio Veloz Maggiolo nos plantea, en su libro, el problema de Dios y nos conforta con la solución teológica de la esperanza. Quizás, porque sabe que “para muchos novelistas actuales una gran novela sin Dios no tiene sentido. Y esta es quizás la secreta razón por la cual el ateo Jean Paul Sartre esté tan preocupado por el Diablo y Dios”. Así, la novela renuncia a su categoría de divertimento. El entremés cede su turno a la meditación, sin arañar el silogismo.

En torno a esta novela Antonio Fernández Spencer se formula la pregunta de ¿por qué creamos mundos imaginarios? La respuesta del sagaz escritor tiene un profundo contenido de veracidad y erudición. Lección magistral, en la cual nos recuerda que Julián Marías escribió que contar la vida es un modo, tal vez más profundo de vivirla. “En una novela —afirma Fernández Spencer— ha de revelarse la persona. Ya no puede ser este género literario, como en el siglo XIX, expresión de lo biológico, de lo psicológico y de lo social. Balzac, verbigracia, podía enmarcar sus personajes en la sociedad francesa de su tiempo”. Con base en los testimonios excepcionales de Dostoyesky, Mauriac, Malreaux, Graham Greene, Cicognani, entre otros, rebate la profecía de Vladimir Weidlé, cuando este vaticinaba el ocaso total de la novela. Al mismo tiempo Fernández Spencer reliva el impacto de la especulación filosófica en los universos imaginarios, pero no irreales:

“Una filosofía más en contacto con lo viviente abre el camino a nuevos descubrimientos de vetas novelescas no tocadas antes por la imaginación creadora. En los tiempos que corren la novela ha comenzado a desatenderse del documento (adviértase el eclipse del auge de la biografía e inventa vidas imaginarias que sirven para volver a replantear los grandes problemas del amor y la muerte, de la fugacidad del instante y la eternidad, del bien y del mal, del ser y de la nada”.

Tal es el plano en que se mueven las criaturas de Marcio Veloz Maggiolo, el buen ladrón, su madre anciana y su joven hermana, la proxeneta. En la voz de la madre de Denás o Dimas, el relato de la vida de su hijo epiléptico, aliado en sus postrimerías a Gester, adquiere el tono convincente de una hermosa elegía. Hay momentos en que el aire patético llega a la cima, como cuando se enfrenta a la gracia y se niega a aceptar la posibilidad de la resurrección de su vástago: “prefiero que siga muerto, dice la vieja, a que me abandone por segunda vez para seguir al que le dio nueva vida. Para mi cariño de madre es un muerto irremediable. Una nueva partida, un abandono nuevo, sería un dolor al que jamás me acostumbraría”.

También está, y de primera mano, la absolución maternal del hijo extraviado, la sublimación de sus yerros: “Quien le ve hoy, lleno de heridas y mal oliente, jamás pensará que fue un gran hombre y que por más de veinte años luchó por sostenernos. Para muchos es un simple ladrón; mas para esta pobre mujer dolorosa, para mi que soy su madre, es un héroe que se impuso en la vida y que, olvi-

dando sus enfermedades degradantes, se hizo necesario para quienes con él convivían". Con el mismo acento utilitarista justifica a Midená, la hija pecadora: "Después de meditarlo mucho me convencí de que aquello nada tenía de malo. Me convencí porque necesitaba ya el dinero que ella depositaba en mis manos cada semana".

Sobrecogedor, sin ser vulgar, es el relato del aborto de Midená. En el comentario, que sobre él urde Marcio Veloz Maggiolo, se reconcilia el poeta con el novelista. El feto fue abandonado a un riachuelo próximo a Talara. Narra la madre: "mi corazón se hinchó de improviso al ver el bulto atravesar la corriente hacia el fondo oscuro de las aguas. Ahora mi corazón es un fruto maduro que espera un gran viento de sangre para caer de su débil rama".

Preguntémos, con Fernández Spencer, cuál es la enseñanza de

esta novela admirable. El nos responderá, que la falta de comprensión de la madre de Denás "es el drama desconcertante del cristianismo. Además, solo aquel que se aferra a la esperanza de la resurrección, confiando en la promesa del Redentor, es, en realidad, cristiano. Y ser cristiano es lo más difícil de ser en este mundo embriagado de certidumbre material y de ciencia. Pero solamente trascendiendo toda ciencia, como enseña San Juan de la Cruz, se palpa la verdad de la inmortalidad y se llega al seno infinito de Dios".

Parecerá obvio que El Buen Ladrón nos recuerde a Barrabás, de Lagerkvist. La analogía se limita al contacto tangencial con el tema evangélico. Solamente. Porque este libro cumple a cabalidad con el precepto de Unamuno, cuando decía que "entre las virtudes teológicas faltaba la siguiente: *Despertar al dormido*.